

IN MEMORIAM

Un tremendo dolor embarga mi espíritu en estos aflictivos momentos, en que un sér, muy querido para mí, pronto desaparecerá de nuestra vista, bajo el seno de la tierra, pues yace aquí á nuestros pies su augusto cadáver, que levantado debiéramos reverenciar. Fué el que desde en vida se llamó JOSÉ MARÍA VELASCO, el egregio artista, legítimo orgullo de nuestra Patria, que terminó ya su fructuosa carrera en la tierra, tras larga y penosa labor.

Ya no contemplaremos extasiados, otros más de sus admirables cuadros que, ejecutados con gual arte, nos impresionarían tan hondamente como los ya conocidos; pues todo aquí en la tierra, es perecedero, y sólo perenne en el más allá.

En los vívidos lienzos que salían de sus manos, se estampaban, como reflejados en un espejo, el cielo, las montañas, la vegetación, en una palabra, todo el paisaje, en el que, el botánico, principalmente, podía reconocer y apreciar las distintas especies del mundo de Flora. Honrosísimo lugar, marcado con un timbre de honor, ocupará su nombre en los fastos de la humanidad, pues como buen hijo, como buen esposo, como buen padre, é inmaculado patriota, cumplió religiosamente con su misión en la tierra, á entera y cumplida satisfacción de todos los que le rodeaban: recomendabilísimas cualidades, indeleblemente impresas en el muy alto y glorioso pendón, permítaseme decir, que con firme mano empuñaba.

Cuán grato y placentero es para mí, evocar en estos luctuosos momentos, los tiernos y cariñosos recuerdos de nuestra íntima y prolongada amistad, que databa de casi una media centuria. Desde joven aún, hasta ya anciano, seguí paso á paso con la mirada, la estela luminosa de su mundanal carrera, considerada moral é intelectualmente en sus distintas manifestaciones.

Era no tan sólo un buen artista, sino también un hombre de ciencia, como lo acredita su sagaz y complicado estudio, presentado y leído por él mismo, ante la Sociedad Mexicana de Historia Natural, de la que fué miembro distinguido, y el cual tuvo alguna resonancia en el extranjero. Se ocupó en él, de la transformación de nuestro vulgar Ajolote, de animal acuático en animal terrestre; y otros más estudios de Botánica, acerca de la Flora del Valle de México, de reconocido mérito.

Honores y recompensas le fueron otorgadas en el extranjero, como Delegado oficial de nuestro país, en las exposiciones internacionales de París y Chicago; y pocos como él podían lucir en el pecho, con noble orgullo, la renombrada insignia de Caballero de la Legión de Honor, que le fué otorgada por el Gobierno francés, en premio de sus relevantes méritos y servicios; así como también la cruz de la no menos distinguida Orden, de Francisco José de Austria, con la que fué condecorado por el Jefe de esta Nación, por igual motivo.

Conspicuo y concienzudo maestro en el desempeño de su obligación, del hermoso arte que con tanto éxito cultivaba, deja numerosos discípulos, que serán los mejores heraldos del alto prestigio que merecidamente alcanzó; y difícilmente en lo porvenir, habrá otro mentor que en su valer se le iguale. Al proferir este imparcial y merecido elogio, ante los inanimados restos que contemplamos con el corazón oprimido y el llanto en los ojos, me guía sólo el afán de que sean bien conocidas y apreciadas de todos, las exquisitas dotes del insigne ciudadano á quien se tributan esos honores.

Inolvidable y leal amigo, pariente espiritual mío, á cuyo uno de sus hijos llevé á las aguas bautismales, recibe mi última despedida; no dudando que en el cielo, habrás alcanzado el merecido galardón que, como bueno, te conquistaste en este valle de dolores, que la humanidad ha regado con sus lágrimas.

Adiós para siempre, caro amigo, adiós.

Guadalupe Hidalgo, 27 de agosto de 1912.

Manuel M. Villada.